

T·I·A·S

CIENCIA



Volumen 3 • Marzo 2026

UniversidadeVigo

POST-GROWTH
INNOVATION LAB



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE CIENCIA, INNOVACIÓN
Y UNIVERSIDADES

FECYT
INNOVACIÓN

La revista T-I-A-S es una publicación de divulgación científica que tiene como objetivo acercar a la sociedad los resultados de la investigación que se realiza desde diferentes ámbitos científicos y que tienen un impacto directo sobre ella. La ciencia transforma nuestras vidas, pero estos avances a menudo permanecen invisibles para la ciudadanía. Por eso, es fundamental comunicar no solo los descubrimientos, sino también su impacto social. Enseñar cómo la investigación mejora la calidad de vida, reduce desigualdades o protege el medio ambiente fortalece el vínculo entre ciencia y sociedad y fomenta la construcción de una ciudadanía crítica, informada y comprometida.

La divulgación no es solo una cuestión de comunicación: es una forma de democratizar el conocimiento y de reconocer el valor público de la ciencia.

Edita:  **Universidade de Vigo**

Lugar de edición: Pontevedra (España)

ISSN: ISSN: 3101-321X

Revista disponible en castellano y gallego.

Versión digital accesible en: www.tias.uvigo.gal

Comité Editorial

Aitor Alonso Rodríguez
Alejandro M. Fortuny Sicart
Ana García Quintana
Brais Suárez Eiroa
Cristina Camarena Gras
Cristina Míguez González
Cristina Vázquez Santos
María del Carmen Rey Mayo
Marina Gómez Rodríguez
Mario Pansera
Susana Bastón Meira
Xavier Simón Fernández
Future Oceans Lab

Comité Asesor Ciudadano

Cristina Louzán García
Desirée Rodríguez
Iván Martínez Lorenzo
José Luis Vázquez Carpintero
Lía Bascoy Martínez
Luis Vidal

Equipo de redacción

Aitor Alonso González
Ana García Quintana
Brais Suárez Eiroa
Cristina Míguez González
Cristina Vázquez Santos
Susana Bastón Meira
Víctor José Sánchez Juárez

Contacto

Correo electrónico: tias@uvigo.gal

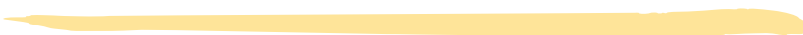
Correo postal: Rúa Benito Corbal 45 5ª Pranta. 36001 Pontevedra (España)

Ilustraciones de este número:  (www.fridaypunto.wordpress.com)

Colabora:  **CISPAC**
Centro de Investigación Científica y Tecnológica del Parque Científico de Galicia

Cofinancia:   

SUMARIO



Editorial	3
Democracia Radical (spoiler: no es el nombre de un grupo heavy)...	5
Juntando saberes	8
Cofradías <i>made in</i> Galicia	12
La mirada más intensa de la educación ambiental	14
El poder (y los dilemas) de la comunidad	19
Chicharras	23
Mensajes y mensajeros	27

Editorial: El poder de la colectividad



Que vivimos tiempos convulsos es algo que a estas alturas no se le escapa a nadie. Mientras escribimos estas líneas, somos conscientes de que cuando se publique el próximo volumen de la revista, dentro de sólo unas semanas, el mundo será probablemente muy diferente al que tenemos hoy, que ya es muy distinto al que teníamos hace apenas unos días.

Sin embargo, a pesar de la enorme incertidumbre que nos rodea, o quizás debido a ella, desde el equipo editorial de esta publicación nos aferramos a la creencia de que el planeta sigue plagado de personas buenas, empáticas, comprensivas y compasivas, y que sólo es necesario un empujón para que nos unamos y alcemos la voz para plantar cara a la tiranía y la maldad de aquellos que quieren hacer de este un mundo terrible y temible. Por eso, hemos querido dedicar este número al poder de las comunidades y de la colaboración, para que sirva como una pequeña muestra de que cooperando podemos conseguir grandes cosas. ➡

Los movimientos colectivos, si bien no están exentos de diversidad, e incluso de confrontación, son la respuesta más adecuada y eficaz frente a los movimientos impositivos. El individualismo no suele traer nada bueno. Los grandes hitos de la historia, aunque en ocasiones el reconocimiento se lo llevase una única persona, se han escrito a base de sumar conocimientos, sensibilidades, pluralidad y colaboración. No debemos esperar que una persona o un grupo venga a resolver nuestros problemas y necesidades. Podemos y nos debemos el ser partes activas de un cambio. La solución por la que apostamos ya es una realidad, y tiene la forma de trabajo y esfuerzo colectivo que une cuerpos, mentes y voluntades. Es ahí, es esa respuesta grupal, donde nuestras vidas como seres individuales cobran su sentido.

Así que te invitamos a contagiarte de este espíritu gregario a través de las aventuras del elenco de personajes que dan vida a este tercer volumen de la revista. No se nos ocurre nadie mejor que ellos para mostrarte lo grande que es el poder de la colectividad enfocada en conseguir el bien común.

Equipo T·I·A·S



Democracia Radical (spoiler: no es el nombre de un grupo heavy)

Un texto de Cristina Vázquez Santos, basado en el resumen de Javier Lloveras Gutiérrez

Inspirado en el artículo científico de Javier Lloveras (Universidade de Vigo), Mario Pansera (Universidade de Vigo) y Adrian Smith (University of Sussex) *On 'the Politics of Repair Beyond Repair': Radical Democracy and the Right to Repair Movement*, publicado en la revista *Journal of Business Ethics* (2025)

Es uno de esos días en los que llueve a mares y sopla un fuerte viento, que a veces llaman temporal, otras ciclogénesis y otras, DANA. «Algún día tendré que buscar la diferencia entre todas esas denominaciones», se dice Noa cuando entra en el local, cuya entrada está abarrotada de paraguas, algunos de ellos rotos. Deja el suyo (algo doblado, pero todavía funcional) junto al resto de víctimas meteorológicas y entra.

No le gusta reconocerlo, pero ha estado algo inquieta desde que conoció a ese chico en la charla sobre el derecho a reparar a la que asistió la semana pasada y al que esperaba encontrar hoy en el repair café. Así que ahora que está allí, se siente algo decepcionada al no verle. Y algo estúpida. «¡Pero si ni siquiera sé su nombre!», piensa. Como aún es temprano, avanza hacia la barra, se sienta en un taburete alto y pide un café, apoyando en el asiento contiguo la bolsa en la que trae el objeto que pretende aprender a reparar. Aunque lo que la llevó a la charla de la semana pasada fue la frustración de su padre por no poder reparar su John Deere, no le pareció buena idea aparecer en el bar subida en un tractor (¡aunque hubiese sido espectacular!). Así que finalmente se ha decantado por llevar su secador de pelo, que hace unas semanas dejó de echar aire caliente, lo cual le hace perder casi



por completo su funcionalidad. Esperemos que consiga arreglarlo porque con la que está cayendo ahí fuera, seguro que al llegar a casa le hará falta.

Se ha quedado ensimismada pensando en sus cosas y no se ha dado cuenta de que alguien se ha parado a su lado. Se sobresalta cuando le tocan suavemente el hombro.

—Perdona, no quería asustarte. No sé si me recuerdas. Nos vimos aquí la semana pasada en la charla sobre el derecho a reparar. Me llamo Xosé.

Vaya que si te recuerda, Xosé...

—¡Hola! No te preocupes. Es que a veces me quedo un poco pillada cuando pienso en mis cosas. Soy Noa. ¡Encantada!

Ninguno de los dos sabe si debe darle dos besos al otro y titubean un momento. Finalmente optan por agraciarse simplemente con una sonrisa. Tímida pero sincera, en el caso de Xosé; amplia y luminosa como ella, en el caso de Noa.

—Espera, que aparto la bolsa para que puedas sentarte. Ahí tengo mi joya para reparar hoy. Es un secador de pelo con más años que el hilo

negro, pero la verdad es que siempre ha funcionado bien hasta ahora y me da pena tirarlo. ¿Qué traes tú?

—Algo menos original y lamentablemente más moderno —responde Xosé—. Se me estropeó el teléfono hace un par de semanas y viví en mis propias carnes lo que significa no tener derecho a reparar —bromea—. Resulta que sólo los talleres oficiales de Apple pueden arreglarlo, así que voy a ver si alguien por aquí sabe hacer magia y me libra de tener que comprar uno nuevo...

—No sé a ti, pero a mí la charla del otro día me dejó la cabeza un poco volada. Todo eso del derecho a reparar me tiene muy intrigada. Pero me quedé algo inquieta con el tema de la democracia radical que mencionó al final.

Noa siempre ha sido buena estudiante, buena hija, comedida y proporcionada, así que era esperable que la palabra «radical» le produjese algo de congoja.

—A mí también me tiene flipado todo esto —le dice Xosé—. Creo que haré mi trabajo fin de máster sobre este tema. He ido a hablar con Hugo para saber si querría dirigírmelo y me ha dicho que sí. ¡Me hace mogollón de ilusión, la verdad! También me dejó muy intrigado lo de la democracia radical, así que le pregunté cuando me vi con él el otro día. Y no deberías inquietarte, en realidad es muy interesante y tiene todo el sentido del mundo.

Xosé le cuenta a Noa la conversación que tuvo con Hugo en la reunión que mantuvieron un par de días atrás.

—Me contó que las diferentes posiciones que se producen en el movimiento del derecho a reparar y que nos explicó el otro día (defensa del consumidor, sostenibilidad ambiental, práctica de cuidado y empoderamiento colectivo, o como motor de innovación abierta) no tienen por qué

ser un problema que resolver, sino que son la esencia de la democracia. Eso es la democracia radical, y para entenderla hay que entender primero la hegemonía.

—¿Hegemonía? Eso siempre suena un poco como a enfermedad rara... —bromea Noa.

—Jaja. Puede ser, sí, pero la idea es más simple de lo que parece. En política no hay una única respuesta correcta que todo el mundo acepte. Por ejemplo, algunas personas creen que el Estado debe repartir más la riqueza y otras creen que no, y la preferencia por una opción u otra depende muchas veces de intereses distintos o de maneras diferentes de ver la sociedad. Quien es pobre puede querer un mayor reparto, quien es rico, menos, y las personas con ideas socialistas suelen defender más redistribución. A veces una de esas ideas se vuelve la más fuerte y empieza a parecer la más normal o la mejor. Eso sería la hegemonía —explica Xosé—. Pero, como no hay una respuesta única a los problemas, cuando una idea se vuelve dominante siempre quedan personas que no están de acuerdo, y por eso surgen conflictos. La democracia radical dice que esos conflictos no se pueden hacer desaparecer. Lo importante es que se expresen con debate y reglas, y no como una lucha entre enemigos.

—Pues tan radical no parece, así dicho —dice Noa. Ambos se ríen.

—Hugo dice que esta perspectiva es muy interesante por múltiples razones —continúa Xosé—. Por un lado, porque desenmascara la neutralidad aparente que existe en un terreno tan técnico como el de la reparación. Los fabricantes presentan sus restricciones como inevitables, diciendo que es por nuestra seguridad o para proteger la innovación. Pero el análisis que hacen desde la democracia radical muestra que, en realidad, todo esto son construcciones hegemónicas, es decir, formas de poder que se disfrazan de sentido común.

—Por seguridad... ¡Vaya cara tienen! —interviene Noa, algo indignada.

—Sí, son puro altruismo, ya sabes... —añade Xosé en tono burlón—. El caso es que, según Hugo, las controversias que se producen en movimientos como el derecho a reparar ponen de relieve la importancia del conflicto, en lugar del consenso, como motor para expandir la democracia. Al no ser un movimiento homogéneo, hay tensiones entre quienes lo ven como una forma de ahorrar, como una forma de reducir los residuos y el consumo, como una forma de construir comunidad, o como una forma de fomentar la experimentación e innovación ciudadana. Dice que la democracia radical permite ver que esas diferencias no debilitan al movimiento, sino todo lo contrario: lo hacen más vivo y resistente.

—Interesante... Creo que usaré esto como argumento la próxima vez que discuta con mi madre. «La controversia es la base de la democracia, mamá, no es que te esté llevando la contraria por fastidiar...» —dice Noa con algo de retranca.

—Jajaja. No sé si lo de la democracia radical aplica a los conflictos familiares —no sabe qué es lo que le pasa, pero con esta chica su habitual timidez se ha diluido enseguida, le está resultando muy fácil soltarse con ella—. Y otra cosa súper interesante también, y con esto ya dejo de darte la chapa, es que me habló de cómo su investigación muestra que la política de reparar siempre va más allá del destornillador, que arreglar un objeto significa también reclamar autonomía frente a monopolios, cuestionar el modelo de crecimiento ilimitado, o abrir la innovación a la creatividad social. Lo llamó "política de la reparación más allá de la reparación".

—¡Caray! ¿Pero tuviste una reunión o una clase magistral? Hacer el TFM te va a resultar pan comido —bromea Noa.

—No lo creo —ríe Xosé—. Me temo que todo esto es mucho más complejo de lo que parece. Pero la verdad es que tengo muchas ganas de empezar a trabajar con él. Es un apasionado de su trabajo. Dice que esto del R2R y la democracia radical es algo que debería interesar a todo el mundo, porque habla de nuestra vida cotidiana y de nuestro futuro colectivo. Para la ética empresarial, implica que deben responder a demandas ciudadanas que cuestionan sus privilegios, abandonando la idea de que la responsabilidad se define por consensos internos o compromisos voluntarios. Para la política pública, significa no reducir la reparación a una pieza más de la economía circular, porque el derecho a reparar abre la puerta a imaginar alternativas más profundas al modelo de consumo actual. Y para la ciudadanía, recuerda que la democracia no se limita al voto, que también se manifiesta en nuestra manera de consumir, y en si podemos abrir, reparar y reapropiarnos de la tecnología que usamos.

—La verdad es que no puedo estar más de acuerdo. En algún sitio leí una vez que consumir es una forma de manifestarse. En aquel momento no me paré a pensar mucho en ello, pero creo que se referían justamente a esto.

Pues parece que podemos confirmar que estos dos han hecho *match*. Pero ¡venga, pareja! Que habéis venido aquí a trabajar.

—Me parece que esto ya empieza —dice Noa, que se siente tan cómoda charlando con Xosé que el tiempo le ha pasado volando.

Ambos cogen sus cosas y se sientan juntos en una de las largas mesas llenas de herramientas, dispuestos a intentar aprender a reparar sus cacharros. Lamentablemente nos tememos que sólo uno de los dos tendrá éxito. Las grandes compañías como Apple tienen el negocio bien atado. Pero habrá que intentarlo y seguir ejerciendo presión.

Juntando saberes

Un texto de Cristina Míguez González, basado no resumo elaborado por Blanca Callén Moreu e Anastasia Zisakou

Inspirado en el capítulo de Blanca Callén Moreu (Universitat Autònoma de Barcelona) y Melisa Duque (Monash University, Department of Design) *"We not only repair our devices, but also our relationship with them" : repair-led designing at the restart parties in Barcelona*, dentro del libro *Design/Repair: Place, Practice & Community* (2024)



Hay casualidades que te cambian la vida.

Esas casualidades tienen forma de una persona que te sonríe, de un libro que no te deja acostarte temprano, de una palabra bien elegida, una frase sabia, un cartel, una canción que eriza tu piel...o una mezcla de todo junto que te lleva al mismo lugar.

Restart party fue el comienzo de la casualidad de Hugo.

Hoy está en Ceuán, una aldea rural en la que una pareja de jóvenes fundó una asociación vecinal llena de actividades para hacer comunidad. Se trata de un pequeño oasis donde las personas realizan actividades enfocadas en lo local, van a teletrabajar, a buscar inspiración y convivir una pequeña temporada dinamizando la zona. Ceuán es un entorno idílico para Hugo: naturaleza gallega en estado puro y un ambiente que le invita a crear. Aquí organiza, junto con esta pareja, alguna que otra *Restart Party* y hoy, que justamente está preparando una nueva actividad, hace memoria de cómo surgió todo y cómo una casualidad le indicó el rumbo de la vida que está viviendo ahora.

Hace años, Hugo acababa de aterrizar en

Barcelona para hacer su doctorado y buscaba conocer gente. Lo suyo eran los planes sencillos: escribir, tocar la guitarra y nadar en la costa de Florianópolis, de donde venía. Ahora, en una nueva ciudad, se proponía comenzar nuevas rutinas. Se obligó a socializar y un día recibió una señal: en una marquesina de camino a la Universidad había un moderno cartel que decía «Restart Party». Su contenido parecía estar escrito para él, después de haberse pasado una mañana entera tratando de encender su ordenador portátil: «ven a arreglar tus aparatos electrónicos y conoce a gente de tu zona».

Y así, se presentó una mañana de octubre en un pequeño centro cultural.

Lo que pasó allí fue maravilloso. Una veintena de personas llegaban con sus objetos, en su mayoría electrónicos, para repararlos. ¿Y cómo lo hacían? Pues había mucho conocimiento, pero no en forma de bata o detrás de un mostrador, sino que circulaba en el ambiente.

Al entrar, Hugo se quedó un poco expectante por no saber por dónde moverse ni a quién dirigirse. En la pared, un cartel escrito a mano decía:

«No solo reparamos dispositivos, también reparamos nuestra relación con ellos»

Hugo lo leyó dos veces, sin saber que iba a ser el centro de la tesis que quería escribir.

Una mujer sonriente de pelo corto se acercó a él sin prisa.

—¿Primera vez? —preguntó en forma de bienvenida.

Hugo sonrió enseñándole el portátil, como si estuviera en la sala de espera de un hospital con su herida.

—No enciende. Ayer lo dejé cargando y nada.

—Perfecto. Aquí no hacemos magia, pero intentaremos repararlo —dijo ella guiñándole un ojo— Tú te sientas conmigo y lo miramos juntos.

Eso era nuevo para Hugo. Esperaba una frase tipo “déjanoslo y vuelve a buscarlo mañana” o algo del estilo. Pero no. A su alrededor las personas se sentaban al lado de quien sabía más y el objeto se colocaba en el centro: la gente estaba aprendiendo a reparar(se).

A su alrededor pasaban cosas que le sorprendían en medio de una gran ciudad: una señora ofrecía galletas caseras; una pareja hablaba de “no comprar otra impresora” como quien habla de una decisión ética, no de una renuncia triste; un señor de unos 70 años sentado al lado de un adolescente intercambiaba experiencias riéndose mientras ambos reparaban un móvil. Personas juntando saberes. Maravillosa la estampa.

Cuando terminaban los intentos de reparación de los aparatos, lo hubieran logrado o no, anotaban el proceso y sus resultados en una pizarra cuyos datos se documentaban luego en una base de datos global, compartida entre

comunidades reparatoras de todo el mundo, denominada *The Fixometer*.

A Hugo le fascinó la mañana. Había arreglado su portátil. Después de ello entendía que no era “suyo” solo porque lo hubiera comprado, sino porque entendía cómo funcionaba y, por tanto, podía intervenir en él. Alargando la vida útil de su ordenador, había ahorrado una buena suma de dinero, además de reducir impactos ambientales evitando la generación de residuos electrónicos. Por otra parte, Hugo, que había llegado buscando gente «compatible», descubrió otra cosa: gente que no encajaba en el canon del consumo y que por eso estaba construyendo un lugar propio: había aprendido, había ayudado y se había sentido parte de «algo» por primera vez desde que había llegado a Barcelona.

Fueron unos años muy felices en los que hizo buenas amistades y sintió que tenía una familia.

Por temas de trabajo decidió dejar la ciudad, pero parte de él se quedó con ese centro cultural y todas las personas que había conocido en torno a otras *Restart Parties*. Fue difícil marcharse, pero de vez en cuando hacía una escapadilla para mimarse y seguir en contacto.

Ahora su vida es más verde, sin un ritmo tan frenético y con un tiempo más húmedo. Efectivamente, Hugo vive en el norte de la península. Es profesor en la Universidad y sigue nadando, pero ahora en aguas más frías. Sigue tocando la guitarra en su salón, pero también la pandereta en una asociación cultural, y sigue escribiendo sin ningún propósito más allá de disfrutar de la sensación de paz que le produce.

Hugo recuerda con cariño esos años en Barcelona y prepara con ganas un nuevo proyecto, el cual surgió una tarde hablando en Ceután mientras recogían cables y tazas de café al final de la última jornada de reparación.

—Cada vez viene más gente —dijo Hugo—. Y eso es genial, pero hay algo que me da rabia. Llegan con objetos rotos y los reparan, sí. Pero, sobre todo, llegan con objetos que nunca deberían haber comprado, muchas veces se estropean por falta de uso. Además, vienen personas con el mismo objeto, que podrían estar compartiendo, ya que a veces son vecinas puerta con puerta. La obsesión con lo nuevo o la centralidad de la propiedad privada todavía está muy presente. Es una especie de vacío cubierto —Hugo se quedó reflexivo al narrar en voz alta sus pensamientos.

Su amiga de Ceuán, siempre rápida, se dirigió a un armario, que abrió, y señaló el interior.

—Entonces te va a gustar esto.

Dentro había cajas etiquetadas con rotulador: taladro, pistola de silicona, proyector, máquina de coser, carpa, cortasetos.

—Estamos montando una biblioteca de objetos... —explicó— para que la gente no compre lo que sólo necesita un día.

Hugo sintió una chispa familiar, la misma que había sentido al ver la marquesina en Barcelona. Solo que esta vez la señal no decía «Ven a arreglar». Decía: «Ven a no comprar».

—¿Biblioteca? —Biblioteca significaba prestar y devolver. Significaba que el objeto no se quedaba atrapado en una casa, ni en un trastero, ni en la culpa.

—Sí —dijo ella—. Lo pides, lo usas, lo devuelves. Y si se estropea... ya sabes a dónde traerlo. O si tienes otros que no uses, también puedes traerlos aquí para prestarlos y que otras personas puedan usarlos.

Hugo sonrió. En su cabeza, las dos ideas encajaron con un clic suave: reparar era alargar la vida. Prestar era multiplicar las vidas. Y ambas, evitar que naciera otra cosa innecesaria.

Su amiga siguió explicando su motivación.

—Ni te imaginas la de dinero que se gastan algunos vecinos en maquinaria agrícola que podrían estar compartiendo. La de espacio que se ahorrarían en sus casas y, sobre todo, lo que aprenderían si compartiesen muchos de los objetos que compran individualmente. Queremos juntar saberes.

—¿Pues qué necesitáis de mi parte para echar a andar la idea? —soltó Hugo entusiasmado.

Y ahí empezó ese nuevo proyecto.

Les llevó un tiempo hacerlo bien: quisieron hacer una buena organización con sistemas de catalogación, préstamo y mantenimiento, normas de uso compartidas y llegaron a crear una comunidad implicada en el cuidado de los objetos.

Este fin de semana Hugo organiza un taller en Ceuán; en esta ocasión la comunidad de vecinos aprenderá a utilizar una trituradora de madera. Tienen un par de ellas en la Biblioteca de Objetos y están muy demandadas.

Decide ir el día anterior a preparar todo con la gente del centro. Saca las trituradoras, revisa tornillos, limpia la tolva, coloca gafas y guantes en una caja y pega una etiqueta:

«PONTE ESTO, VALIENTE»

Luego cuelga un cartel en la pared:

«TALLER PARA LLEVARTE ASTILLAS, NO HISTORIAS»

«Plazas: las que quepan en el patio.
Ego: ninguno»

Su amiga pasa a su lado y lo mira con esa sonrisa que mezcla asombro y satisfacción.

—¿Has hecho lista de seguridad?

—He hecho... poesía preventiva —dice Hugo, y le enseña la hoja.

En la primera línea ha escrito:

«Regla 1: No alimentar a la trituradora con nada que respire»

Se rien. Todo está bajo control.

—Pues tengo una noticia que te va a encantar — dice ella en tono misterioso— ¿Sabes quienes se apuntan al taller de mañana?

—Sorpréndeme —dice Hugo, que sigue colocando todo el material sin casi levantar la vista de las cajas que tiene en el suelo.

—Hace poco me contactó Francisca, una profesora de instituto, porque le parecía interesante organizar una visita con su alumnado a Ceuán —introdujo haciendo una pequeña pausa de suspense antes del colofón—. El caso es que mañana se vienen unos 20 adolescentes a nuestro taller de trituradora de madera. ¿No es maravilloso?

Hugo abre con exageración los ojos. De primeras la idea no le parece la mejor, pero la sonrisa de ilusión de su amiga lo tranquiliza y se dispone a aumentar su lista de seguridad en un par (o más) de puntos.

Casualidad o no, mañana conocerá a alguien que le inspirará para crear nuevos relatos y se llevará unas cuantas historias de ese peculiar grupo de bachillerato.

Cofradías *made in Galicia*

Un texto de Susana Bastón Meira, basado en el resumen de Iria García Lorenzo

Inspirado en el artículo científico de Iria García Lorenzo (Universidade de Vigo), Manuel Varela-Lafuente (Universidade de Vigo), María Dolores Garza-Gil (Universidade de Vigo) e U. Rashid Sumaila (University of British Columbia, Canadá) *Social and solidarity economy in small-scale fisheries: An international analysis*, publicado en la revista *Ocean and Coastal Management* (2024)



La noche de San Juan es mágica. No es solo una fiesta: es casi un ritual colectivo. El 23 de junio, cuando cae el sol, playas y villas se llenan de fuego, humo de sardinas y gente hablando, riendo y esperando la medianoche para celebrar la llegada del verano.

Cíes llegó ese día por la mañana a la Isla de Ons, cargada con su curiosidad adolescente y con la ilusión de pasar otro verano junto a su abuelo Ramón. Sus amigas no podían entender que prefiriera irse de la ciudad para estar en un sitio donde, según ellas, «no había nada que hacer». Pero a Cíes le encantaba explorar cada rincón de la Isla.

Ramón, con su dorna, pasaba horas y horas en el mar. Su piel era dura, como si, con los años, el viento y las mareas formaran una costra de sal sobre ella. Desde que la Isla formaba parte del Parque Nacional Marítimo-Terrestre de las Islas Atlánticas, acudía con frecuencia a las reuniones en las que se buscaba algo tan complejo como necesario: hacer compatible el uso de los recursos marinos con su protección.

Aquel día tenía una, así que le pidió a Cíes que fuera a deshacer la maleta con calma, que estaría de vuelta en un par de horas.

Mientras abría cajones y colocaba ropa, pensaba en lo orgullosa que se sentía de él. Ramón, que identificaba el mar de Ons como su lugar favorito, compartía todo su conocimiento con las personas que ahora tomaban decisiones sobre su gestión.

Aquel verano, Cíes comenzaría a entender que el mar no se cuida solo desde despachos o laboratorios, sino también desde la experiencia de las comunidades que viven de él.

Cuando Ramón regresó, ella no pudo evitar preguntar:

—Abuelo, ¿quién cuida realmente de este mar?
Él sonrió antes de responder.

—Este mar lo cuidamos nosotros, la gente de la Isla. Porque nadie depende tanto de que esté en buen estado como nosotros. Y los marineros defendemos eso organizándonos en cofradías.

Le habló entonces de esas organizaciones formadas por personas trabajadoras del mar que, de manera democrática, debaten y deciden sobre su actividad: como organizar las zonas de trabajo, cuando proponer vedas, que límites establecer para evitar la sobreexplotación pesquera o como resolver conflictos entre los

diferentes sectores del mar. Todo con el objetivo de garantizar que la pesca siga siendo compatible con la conservación.

Le explicó que, en Galicia, la pesca artesanal no depende de grandes empresas ni de sistemas ajenos a las comunidades, sino que se estructura alrededor de las cofradías, uno de los sistemas colectivos más antiguos y únicos de Europa. En él, lo importante no es solo la rentabilidad económica, sino también mantener los recursos, asegurar condiciones de trabajo justas y proteger el medio de vida.

Ese modelo se basa en un equilibrio delicado: el conocimiento ecológico local, transmitido de generación en generación, se combina con los criterios científicos. Una forma híbrida de gestión que funciona porque integra voces diversas y pone la comunidad en el centro.

Ramón también le contó que había quedado muy contento cuando le dijeron que investigaciones de la Universidad de Vigo centradas en esa relación entre economía social y pesca artesanal, destacaron que Galicia era un caso pionero, siendo las cofradías un ejemplo de gobernanza inclusiva e innovación social en el litoral. Al parecer, existían otros lugares del mundo donde había cosas semejantes. Por ejemplo, en México existían cooperativas pesqueras con tradiciones parecidas, basadas en la gobernanza de los bienes comunes, en la vigilancia compartida y en el compromiso social. También había organizaciones similares en Portugal, Grecia o Croacia, basadas en la cooperación. E incluso encontraron un estudio en Argentina centrado en la perspectiva de género, destacando el rol de las mujeres en las familias que viven de la pesca y su papel para asociarse. Hablaban de transiciones verdes y justicia ambiental, conceptos muy dispersos para Ramón, pero lo importante, lo que sí entendió, es que las cofradías eran un buen ejemplo. Decían que la pesca artesanal es un sector clave para el empleo, la seguridad alimentaria y la

conservación de los ecosistemas marinos. Incluso la ONU declaró el 2022 como el Año Internacional de la Pesca y la Acuicultura Artesanales. La pesca de bajura en Galicia no solo promueve el consumo de alimentos del mar, pescado y marisco, sino que es una señal de identidad cultural. Es un sector en continua evolución, porque las cofradías están siempre dispuestas a abrir nuevos mercados, como por ejemplo el de las algas y los carallos de mar, que mandan para otros países donde su consumo está más valorado.

Cies escuchaba en silencio, hasta que finalmente interrumpió:

—Abuelo, me encantaría seguir hablando de esto... pero ya va siendo hora de comer, ¿no?

Ramón rio.

—¡Pues claro! Mira que caballas tenemos hoy. Y esta noche, ¡la sardina moja el pan!

—¿Pan de maíz? Que rico abuelo —respondió Cies con la ilusión que la caracteriza.

—¡Claro! Aunque ya sabes que en la Isla no se pueden hacer hogueras, no hay razón para no darle la bienvenida al verano como se merece. Esta noche nos reuniremos todas las personas en el bar, y compartiremos cuentos, brindis y canciones.

Antes de entrar en la cocina, añadió:

—En una isla tenemos que ayudarnos entre nosotros. El mar es nuestra fuente de vida. No se protege con prohibiciones, sino con acuerdos. Los datos científicos son importantes, pero también lo es lo que aprendemos trabajando en él cada día. Mañana, cuando vayamos en la dorna, te enseñé mis sitios favoritos para coger calamares.

La mirada más intensa de la educación ambiental

Un texto de Brais Suárez Eiroa, basado en el resumen de Júlio J. Conde

Inspirado en el artículo científico de Júlio J. Conde (Universidade de Vigo) *Education for Sustainable Development: The Iron Fist of Capitalism in the Era of Climate Emergency*, publicado en la revista *Australian Journal of Environmental Education* (2025)



El azul del cielo parecía descomponerse a pedazos. Las nubes se juntaban y se alejaban como un puzle que no termina de montarse. Era una tarde cualquiera de abril; una tarde más en medio de la rutina. Los ojos de Juan permanecían inmóviles ante aquel baile de primavera donde nadie parecía encontrar pareja. Quizás de eso fuera la cosa. Quizás Juan estuviera, por primera vez, sometido al vacío de no entender qué le estaba sucediendo.

—Hola Juan, ¿qué miras? —le preguntó Lucía desde la puerta de la terraza.

—Estoy mirando cómo puedo hacerte la vida imposible, enana —replicó Juan rápidamente, evitando decir lo que realmente estaba pensando.

—Eres un idiota —espetó su hermana—. Pues ahora no te digo lo que te venía a decir.

—¿Y crees que me importa? Viniendo de ti, no creo que fuera nada importante —contestó Juan, volviendo a reconectar con sus pensamientos mientras Lucía abandonaba la terraza enfurruñada.

Hacia ya dos días desde aquella excursión a la isla de Ons. Como era habitual en estas

ocasiones, todo el mundo estaba excitado por perder el día de clase. Juan, sin embargo, parecía sentirse distinto esta vez, aunque, en realidad, su estado de ánimo poco tenía que ver con aquella salida. Llevaba varias semanas sintiéndose como una paleta de colores que se había caído al suelo. Su alegría característica se había disuelto entre muchas otras emociones que hacían tambalear los cimientos sobre los que acostumbraba a vivir. A pesar de ello, se vistió de su papel habitual y llegó al instituto preparado con su mejor fachada.

—¿Qué tal, Uxía? ¿Lista para naufragar en medio del mar? —preguntó Juan con tez seria.

—Calla hombre, no fastidies. Siempre me mareo en los barcos, ya tengo bastante con eso. No me asustes más —contestó ella.

—Cuando en todas las novelas donde aparecen barcos hay naufragios, por algo será, ¿no? —insistió él, esta vez mostrando una sonrisa pícar.

—¡Boh! Eres idiota. Nadie te pidió tu opinión —replicó su compañera mientras se daba la vuelta.

Fue entonces, mientras Juan se reía por lo que él consideraba que había sido una broma bien configurada, cuando recibió su primera sacudida

del día. A medida que la cocorota de Uxía se iba haciendo cada vez más pequeña, aquellos ojos de color verde avellana se iban haciendo cada vez más grandes. Instintivamente, Juan se agachó para sumergirse en su mochila y buscar sabe Dios qué en ella, como un avestruz escondiendo la cabeza debajo de la tierra. Por suerte para él, Damián apareció para devolver las cosas a su sitio.

—¿Qué pasa, *bro*? —saludó Damián con impetu—
¿Viste ayer el capítulo de *One Piece*?

—¡Vaya locura de capítulo! —contestó Juan mientras se incorporaba para saludar a su amigo.

Como si no fueran parte del mundo que les rodeaba, Juan y Damián se pasaron todo el viaje hasta Ons hablando de la serie y de todas las teorías que existían sobre el *One Piece*. Únicamente la bocina del barco llegando a la isla y el aviso energético e insistente de su profesora hicieron que reconectaran con la realidad. Al desembarcar, un joven de unos veinticinco años estaba de pie esperando. Mientras que el grupo se reconstituía del viaje en mar y se colocaba alrededor del joven, Ramón, que pasaba por allí, se detuvo a su lado.

—Xosé, evita contarles la historia del cementerio —dijo el marinero—. La última vez que la contaste, desaparecieron dos personas en la isla y todavía no aparecieron —añadió con voz seria.

Ante los ojos atónitos del alumnado, Ramón descendió del muelle y se subió en su pequeña embarcación, en silencio, tratando de ocultar una visible sonrisa traviesa. El guía, traspasado por una doble sensación de diversión y apuro, saludó al marinero con la mano y se dirigió hacia los estudiantes.

—¡Buenos días! No le hagáis caso. Está bromeando. Nadie ha desaparecido en la isla en las tres últimas semanas —se apresuró a decir, decidiendo continuar con la broma—. Soy Xosé,

vuestro guía en esta excursión. ¿Qué tal ha ido el viaje?

—Bien. Quitando cuatro vómitos y algunos mareos más, hemos llegado a tierra sin dejar a nadie atrás —bromeó Paca, la profesora.

—¡Estupendo! Eso es lo que quería escuchar. ¿Qué emoción tendría venir hasta la isla si no? —comentó Xosé, mirando fijamente a un alumnado incierto ante la extraña conversación.

Después de presentarse, Xosé dedicó quince minutos a explicar cuál era el plan de su visita. Posteriormente, el grupo se puso en marcha para completar todas las paradas que tenían previstas. En total, la visita guiada duró unas dos horas y media. Al terminar la ruta, el grupo se sentó en un merendero para disfrutar de la comida que habían traído. Después de la comida, todavía tuvieron dos horas libres para disfrutar del entorno libremente.

En general, el entusiasmo acompañó aquella excursión desde el principio hasta el final, y se puede decir que todo salió según lo planeado. Al menos, eso es lo que dirían el noventa y nueve por ciento de las personas que estuvieron allí. Como aquel polluelo que se cayó del nido durante la visita, Juan se sintió desamparado, especialmente después de la parada que hicieron a mitad de la ruta norte. A diferencia de aquel polluelo, ni Xosé, ni ninguna otra persona, se habían detenido para ayudarle a comprender qué estaba sucediendo. Bajo aquel cielo fragmentado y dinámico, un cielo que mucho se parecía a aquel cielo bajo el que estaba recuperando todos estos recuerdos, Xosé detuvo al grupo de nuevo, señaló con su dedo índice al tronco de un árbol y preguntó:

—¿Qué es esto?

Con cierta incredulidad por lo absurda que parecía la pregunta, varias personas contestaron al unísono:

—Un árbol.

—Sí, es un árbol —contestó Xosé—. Pero también es algo más. ¿Qué es?

—Un eucalipto —respondió una compañera.

—Correcto, es un eucalipto —confirmó Xosé—. Pero también es algo más —insistió—. ¿Qué es?

—¡Una planta! —se animó a responder Juan con entusiasmo y tono burlón, lo que despertó las risas de su clase.

—Correcto, es una planta; una planta muy grande —aceptó Xosé, siguiéndole la corriente. Pero también es algo más —repitió—. ¿Qué es?

Fue en ese momento cuando, por segunda vez aquel día, Juan sintió una nueva sacudida. Aquellos ojos de color verde avellana volvieron a invadir los suyos y, sin haberlo visto venir, la energía que avivaba su risa se trasladó a sus piernas, que empezaron a temblar.

—Es madera —contestó la compañera que había asestado el golpe a Juan.

—¡Correcto! Esa es la respuesta que estaba buscando —confirmó Xosé finalmente, antes de continuar la explicación—. Esto que tenemos aquí es una planta, es un árbol y es un eucalipto, pero, sobre todo, es madera. Quizás no para mí, y puede que tampoco para muchas de las personas que estamos hoy aquí. Pero la sociedad, en general, no planta eucaliptos por su esplendor, ni porque le parezcan poéticos. Los plantan para obtener madera.

Xosé dio un par de golpecitos al tronco con los nudillos, como si comprobara que era real.

—Al decir «madera», ya no hablamos de ecología o de botánica, sino que hablamos principalmente de economía. Y cuando hablamos de economía, hablamos de que hay

que tomar muchas decisiones: quién decide qué se planta, en qué cantidad, para qué industria, con qué ayudas, con qué leyes y con qué consecuencias. Por eso, aunque parezca raro, esta planta, este árbol, este eucalipto y esta madera también son política.

Para Juan, esta explicación sonaba como quien pone la radio para tenerla de fondo mientras conduce. Las palabras de Xosé eran como una melodía carente de importancia que poco podían explicar lo que le estaba pasando. Sin embargo, Uxía siempre estaba atenta, y siempre tenía alguna pregunta que hacer.

—Pero, a ver —dijo—, que sea madera no lo convierte en algo malo. La madera es importante. Necesitamos madera para muchas cosas.

—Totalmente de acuerdo —asintió Xosé—. No estoy diciendo eso. Lo único que estoy diciendo es que podemos ponernos muchas gafas diferentes para ver una misma cosa de diferentes formas y, por desgracia, la lectura política de este eucalipto, de esta madera, muchas veces se omite y, en muchas ocasiones, se omite a propósito. Pensad que, si el único objetivo es producir madera barata, la naturaleza deja de ser naturaleza y pasa a ser un lugar donde extraer recursos para ganar dinero. Insisto, no estoy diciendo que no sea necesario producir madera; lo que estoy diciendo es que es importante destacar que si la producción de madera es un negocio que prioriza ganar dinero, la naturaleza se ve comprometida por cuestiones que son esencialmente políticas.

—Pero, de eso trata el desarrollo sostenible, ¿no? —preguntó Uxía—. Se supone que hoy en día la producción se hace de forma sostenible.

Xosé sonrió con esa paciencia que se reserva para las preguntas que importan. Tras una breve pausa, contestó calmadamente.

—La idea del «desarrollo sostenible» suena muy bien. Conciliadora. Esperanzadora. Es como si dijera: «tranquilos, no hay que discutir; podemos tenerlo todo». Sin embargo, en la práctica suele ordenar las prioridades de una manera muy concreta. Si una iniciativa tiene impacto ambiental, pero genera empleo y crecimiento, es fácil que se presente como más sostenible que otra que proteja la naturaleza, pero limite beneficios o frene el crecimiento. El desarrollo sostenible nos promete que, con la tecnología adecuada, ese impacto se reducirá. Lo que casi nunca plantea es que también podríamos cambiar nuestra idea de bienestar y de progreso.

—¿Estás diciendo que el desarrollo sostenible es malo? —insistió Uxía, que siempre se lo cuestionaba todo.

Paca, la profesora, carraspeó.

—Uxía... deja respirar un poco al guía —dijo, medio en serio, medio en broma.

Xosé levantó la mano, restándole importancia.

—No pasa nada, Paca. Creo que es muy importante que haga esa pregunta en alto —dijo, y volvió a mirar a Uxía—. Los objetivos del desarrollo sostenible señalan problemas reales y urgentes, eso es evidente. Pero si, para abordar cualquiera de esos problemas, la prioridad absoluta es el crecimiento económico, entonces muchas veces tendremos una contradicción, ¿no crees?

Uxía asintió con una expresión que mezclaba duda y aceptación. Juan, en cambio, sintió un escalofrío y tragó saliva. Sentía que él también tenía problemas que no estaba sabiendo abordar.

Ante el silencio del grupo, Xosé prosiguió su discurso.

—Mirad, estaréis cansadas de escuchar que hay una educación que nos dice que con pequeños

gestos como apagar la luz, cerrar el grifo y separar los residuos, podemos ser sostenibles. Está claro que todos esos gestos son importantes y necesarios. Sin embargo, cualquiera de esas acciones, por sí solas, funcionarán tanto como ponerle una tirita a una pierna fracturada. Aunque una parte de la educación ambiental sigue esa corriente, también existe una educación ambiental que busca aportar soluciones adecuadas a los verdaderos problemas. Si los problemas son colectivos y estructurales, las soluciones que necesitamos también serán colectivas y estructurales. Os pongo un ejemplo, y después seguimos con la ruta —Xosé se detuvo para coger aire—. Mi amiga Aura, que es una erudita del tema, siempre me dice que hay dos formas de abordar el problema de los incendios. La versión del desarrollo sostenible es, principalmente, desarrollar más tecnología, más drones, más planes y equipos de extinción... Estas soluciones, sin embargo, no abordan el problema colectivo y estructural. La educación ambiental, por otro lado, señala causas como el negocio de la madera y los monocultivos de eucalipto, el abandono del rural y la falta de estrategias de prevención, que muchas veces dependen de involucrar de forma eficaz a la comunidad en la limpieza y cuidado de los montes. ¿Se entiende lo que quiero decir? —preguntó Xosé mirando fijamente a Uxía.

—Creo que sí —respondió ella—. Si entiendo bien, la cuestión no es simplemente cuidar árboles, sino entender por qué estos árboles están aquí y repensar cómo nos relacionamos con ellos.

Xosé sonrió, como si esa frase le hubiera ahorrado media hora más de explicación. La ruta se estaba haciendo larga y él debía volver después de comer para estudiar para sus exámenes de máster. Al fin y al cabo, el objetivo de aquel trabajo era poder pagarse los estudios.

—Correcto —concluyó Xosé—. Necesitamos que la educación dé el salto definitivo para estudiar y

analizar los problemas de forma holística, y dejar ya de una vez de presentar soluciones parciales como si fueran las únicas posibles. Y con esto, mi querido grupo, vamos a continuar nuestro viaje por la isla, que nos quedan todavía muchas aventuras en las que detenernos.

Después de aquella parada, la ruta, y el día, continuaron. Sin embargo, Juan estuvo mucho más callado que de costumbre. Por suerte, Damián, que no tenía grandes dotes empáticas, pasó por alto el extraño estado de Juan y se pasó el resto del día hablándole de los videojuegos a los que había estado jugando ese mes, de unos vídeos de TikTok que había visto esa semana y de una nueva teoría sobre el One Piece que se le había olvidado comentar antes. Mientras tanto, Juan se enfrentaba a sí mismo, en silencio. Durante el resto de la excursión no pudo quitarse de la cabeza aquellos ojos de color verde avellana, los mismos ojos que le sacudirían una última vez antes de abandonar el instituto ese mismo día.

Dos días después, bajo el cielo fragmentado de la terraza, Juan regresó del recuerdo como quien vuelve a la superficie después de bucear más

tiempo del previsto. Tras de sí, se escuchó el carraspeo de su hermana.

—Creo que te pasa algo, así que te perdono que seas idiota —dice Lucía.

—Déjame en paz, enana —replica Juan.

—Solo quería decirte que por la mañana me encontré a Marga, tu compañera de clase, y me dijo que te diera este sobre.

Lucía sacó un sobre pequeño y marrón. Parecía cerrado. Juan miraba el sobre sin parpadear.

—Bueno, ¿qué? ¿no lo vas a coger? —dijo Lucía para sacar a su hermano de su ensimismamiento. Juan acercó su mano para cogerlo. Al tocar el sobre, Juan sintió como se le aceleraba el pulso. Otra vez, esa desesperante sensación que no era capaz de entender. Otra vez, sus piernas volvían a temblar. De hecho, Juan sentía que estaba viviendo un terremoto de emociones.

—¿Y me lo dices ahora? ¿Pero cómo se te ocurre no habérmelo dado nada más llegar a casa?

El poder (y los dilemas) de la comunidad

Un texto de Ana García Quintana, basado en el resumen realizado por Daniel Aguilar Viñas

Inspirado en la tesis doctoral de Daniel Aguilar Viñas (Rotterdam School of Management, Erasmus University) *Times of Contestation: Alternative Organizing and Community Entrepreneurship in a Fast-Changing Polarized World*, dirigida por Thomas Bauwens (Rotterdam School of Management, Erasmus University), 2026



Menuda modorra. Son las cuatro de la tarde, Noa acaba de comer un plato de caldo gallego y no tiene ninguna gana de preparar la presentación que tiene que dar mañana en los seminarios sobre cooperativismo. Está preocupada. Cada vez hay más tensiones dentro de las cooperativas y otras organizaciones comunitarias que conoce. La verdad es que no sabe cómo enfocar la presentación, ¿debería dejar clara su posición respecto a los últimos debates políticos? ¿debería darle una mirada neutra a su relato... cómo si fingiese que no está pasando nada? Cada vez les cuesta más encontrar puntos de acuerdo, entenderse entre ellas, y a la vez hacer que el público general les entienda. Cuando tienen que tomar alguna decisión estratégica hay debates como siempre los hubo, pero un poco más violentos, con más dedos acusadores, con más personas que callan porque no se quieren meter en líos. Ahora les cuesta encontrar acuerdos sobre cuál es el problema, de dónde viene, pero sobre todo qué hacer al respecto, qué decisiones tomar, cómo organizarse.

Está confusa. La presentación trata sobre el papel de las empresas comunitarias frente los nuevos retos del 2026. Ella tiene claro cuál es el mayor reto: que a pesar de la inestabilidad y polarización actual se sigan organizando y cooperando sin perder su esencia, esa que

persigue objetivos sociales y medioambientales a través de la actividad económica, aunque sus intereses, sus valores y sus posiciones sean diversos. No sabe cómo articularlo, no consigue organizar las ideas en su cabeza, solo quedan unas horas y tendrá que presentar. No quiere ponerse a trabajar, su cuerpo le pide echarse una siesta, ver los *reels* que le ha mandado Xosé, pero no, tiene que hacer esta maldita presentación.

Al cabo de una hora, que ha pasado mirando la única diapositiva de su *PowerPoint* en blanco, recibe una llamada de su amigo David. Se conocieron en unas jornadas de cooperativismo hace dos años. Ella iba a presentar el trabajo de su familia, buscando abrirlo a la comunidad. Él estaba haciendo su trabajo de campo.

David se está doctorando en la Universidad de Rotterdam, estudia cómo escalar el impacto social de las empresas comunitarias dentro de la transición ecológica en un proyecto financiado por el Consejo Europeo de Investigación. SCENSUS se llama. De vez en cuando se telefonan, para hablar de estas cosas, de la incomodidad, la tensión, los aires de cambio. También de la esperanza, de la importancia que tienen este tipo de organizaciones, de su resiliencia.

—Ey, te noto baja ¿estás bien? —lo dice con calma, sin transmitir la preocupación que siente por escuchar a su amiga triste. Su amiga, la que se apunta a lo que sea, siempre que no sea ilegal; la que trabaja como una fiera; a la que ve en todas las conferencias; la que está un poco loca, pero que siempre tiene los pies en la tierra. Su amiga hoy está triste.

—Sí, estoy bien —contesta Noa—. Sólo estoy un poco preocupada, mañana tengo que hablar sobre los retos a los que se enfrentarán las empresas sociales los próximos meses y la verdad que sólo me sale decirles que el mayor reto va a ser mantenerse unidos en el caos. No sé. Tengo la sensación de que quieren que hable de oportunidades, de cómo Mercosur puede afectar al negocio, de cómo navegar la inestabilidad geopolítica. Pero sé que va a ser tocar uno de esos temas y la sala va a estallar, y yo me voy a quedar allí, pequeñita, sin nada más que decir, mientras los demás discuten. Mientras todo el trabajo de estos años se desintegra, y lo que nos unía queda atrás, escondido tras lo que nos diferencia.

—No te vas a hacer pequeñita, Noa. Entiendo cómo te sientes, todos estamos un poco destemplados con todo lo que está pasando. Te vas a dar una ducha y, cuando sales, una nueva catástrofe asola el mundo.

—Por eso mismo, no sé cómo enfocarlo. Si dar mi opinión al respecto, si ser más pragmática y ceñirme a los hechos sin posicionarme, no sé...

—Tú siempre has creído en el poder transformador de las empresas comunitarias, no deberías ahora dar un paso atrás. Yo creo que puedes usar tu presentación para recordar qué son, cuál es su rol y por qué organizarnos es tan importante en los tiempos que corren. Mira, puedes empezar explicando cómo en los últimos tiempos hemos sido testigos de poderosas expresiones de organización comunitaria

alrededor del mundo. En la DANA, quienes acudieron primero fueron personas corrientes, que se organizaron de forma espontánea para rescatar, limpiar y reconstruir allí dónde las instituciones tardaron en llegar. Hace sólo unos meses en el País Vasco una amplia movilización ciudadana logró detener el proyecto Guggenheim en Urdaibai, una reserva de la biosfera de la UNESCO. No sólo nos organizamos aquí, en el resto del mundo también está sucediendo. En la Amazonía peruana, las comunidades Waorani lograron una victoria sin precedentes tras años de movilización: el cierre de una refinería de petróleo activa, la primera vez que esto ocurría en la historia. Y en Estados Unidos, cientos de movilizaciones espontáneas han surgido en los últimos meses en respuesta a las redadas de inmigración, demostrando que la solidaridad vecinal puede activarse con rapidez y fuerza.

—Ya David, las comunidades pueden ser transformadoras, pero también perversas. En tiempos recientes, movimientos que se están organizando para acosar a migrantes, promover el negacionismo climático, y luchar para quitar derechos a minorías y colectivos vulnerables tienen cada vez más apoyos. Obviamente el poder está en la comunidad, pero no quiero defender un ideal simplista sobre "el poder del pueblo" cuando la realidad es mucho más compleja —Noa notó como la sangre empezaba a hervirle en las venas. Sabe que David solo tiene buenas intenciones, pero es que ella no quiere presentar mañana, solo quiere: echarse una siesta y ver los *reels* que le ha mandado Xosé.

—Te entiendo, Noa. Pero es que, en esa ambivalencia, en la posibilidad de organizarnos, ya sea para lo bueno o para lo malo, se encuentran las empresas comunitarias. Abanderando objetivos sociales y medioambientales en un mercado que lo único que prioriza es el beneficio económico y la acumulación de capital. Es normal que estés

cansada y triste. Pero te recuerdo que somos la alternativa real a la lógica mercantil, no sé... Sólo en Alemania el 40% de la energía renovable instalada pertenece a ciudadanos y comunidades, dejando atrás a las grandes corporaciones, que sólo poseen el 6%. En Europa, más de 10.500 comunidades energéticas involucran a más de dos millones de ciudadanos en la producción y el consumo de energía renovable.

—No me estás entendiendo. Claro que las cooperativas, asociaciones y en general las organizaciones que formamos parte de la economía social y solidaria somos importantes. Sin embargo, si juntas nuestra naturaleza híbrida y la actual polarización, todo se complica. Necesitamos mantener nuestra legitimidad ante públicos muy diversos: miembros con diferentes sensibilidades políticas, instituciones públicas, financiadores y las comunidades donde operamos. En una sociedad donde los matices se perciben con recelo, mantener ese equilibrio para llegar a una mayoría social es cada vez más difícil. Mantener un perfil bajo e intentar contentar a todos ya no funciona. Si no te posicionas frente a las presiones políticas, puede interpretarse como complicidad, incluso indiferencia. Pero claro, si te posicionas abiertamente corres el riesgo de polarizar a tus propios miembros y perder apoyos sociales e institucionales, poniendo en riesgo nuestra viabilidad económica.

—Exactamente. Precisamente por eso debemos posicionarnos ahora más que nunca y organizarnos para defender los valores por los que nacimos. Estas últimas expresiones comunitarias perversas de las que hablas están creciendo como nunca, es verdad. Se está atacando el feminismo, el multiculturalismo, los derechos de las personas LGTBQI+, se cuestiona la existencia de la crisis climática... —David suspira, intentando mantener la calma— Y muchas organizaciones, organismos públicos y

empresas que antes apoyaban estas causas ahora les dan la espalda cuando el viento cambia, e incluso terminan apoyando a esas comunidades perversas de las que hablas. Mira, por ejemplo, lo que ha ocurrido tras la llegada de Trump a la Casa Blanca el año pasado. Muchas empresas a las que antes les interesaban tanto las políticas de igualdad y diversidad dentro de sus organizaciones, en cuanto llegó, dieron un giro de 180 grados y abandonaron esas políticas. Ahí tienes a Meta, Pepsi, Walmart, Google o Amazon. Ahora, en lugar de destinar dinero a políticas de igualdad e inclusión, lo destinan a financiar a grupos que difunden mensajes sobre la inexistencia de las personas trans o sobre la supuesta desigualdad masculina a la que el feminismo radical nos habría expuesto, y a políticos y lobbies que están revirtiendo las políticas climáticas.

—David, nosotros no somos como ellos — interrumpe Noa, intentando mantener a raya la tristeza, el enfado, la impotencia que siente al hablar de un mundo que cada vez se pinta más gris.

—No, no somos como ellos. Nosotros no fundamos nuestras organizaciones para defender valores sociales y medioambientales porque estuviera de moda o porque nos beneficiara económicamente, lo hicimos porque creíamos que era lo justo y lo correcto, y así lo seguimos pensando. No podemos abandonarlo porque los tiempos estén cambiando o por miedo a perder apoyo social e institucional — David suspira, dejando ver que, a pesar de la claridad de sus ideas, la situación también le afecta—. No sé Noa, si abandonamos nuestra misión, abandonamos nuestra razón de ser.

—Entonces... ¿qué harías tú?

—Creo que ahora toca dar un paso adelante y ser más explícitos que nunca. Claro que eso puede hacer que ciertos sectores nos ataquen por ello,

pero también vamos a atraer a muchas otras personas que se sienten identificadas con nuestros valores y nuestra misión. Para mí el riesgo del que hablas puede convertirse en una oportunidad. Ahí es donde podemos crecer económicamente y crear tejido colectivo para frenar esta ola de polarización y odio que asola nuestras sociedades.

—Estoy de acuerdo contigo, David, y yo estoy por la labor de transitar ese camino, pero también entiendo que quizá no todo el sector lo esté. ¿Qué les digo? ¿Que deben posicionarse en determinados temas de una forma concreta, que es la que yo defiendo, cuando en realidad opinan diferente a mí? No puedo hacer eso.

—Noa, ahí lo tienes. El mayor reto este año no es decirles a las organizaciones del seminario qué hacer, sino recordarles qué es lo que las diferencia, qué las hace distintas, y por qué decidieron emprender el camino difícil de intentar cambiar el mundo y transformar la sociedad. A veces, navegar en la economía capitalista hace que las organizaciones comunitarias pierdan parte de su espíritu. Entre tantas presiones económicas para sobrevivir y cumplir con las expectativas del sistema, van diluyendo el propósito social inicial por el que se crearon, y acaban pareciéndose más a una empresa tradicional que busca la maximización del beneficio que a un agente de cambio social. Básicamente pierden su esencia, y quizás tú puedes ayudarles a que la recuerden.

Con el teléfono en la oreja Noa sonríe. David ha dado en el clavo. Hace cinco minutos quería gritarle, pero ahora ha conseguido que vea esa diapositiva en blanco como un lienzo al que dar vida y no un espacio vacío en el que perderse. Con la voz de quién sabe que se ha equivocado, pero que jamás lo admitiría, le dice:

—Es una idea estupenda David. Creo que voy a hacer un taller, pero... ¡mierda! Necesito *Post-Its*, rotuladores... ¿qué hora es?

—Pues son casi las 5 ¿no?

—Ay no, me tengo que ir volando a la papelería. Te tengo que dejar David, hablamos pasado mañana y me cuentas qué tal estás tu. ¡Muchas gracias por la idea! Eres genial. ¡¡Un beso!!

Deja el teléfono en el escritorio, se viste y sale con los zapatos sin atar. Tiene una misión más importante que conseguir notas adhesivas. Tiene que recordar a las empresas comunitarias que hoy, con todo lo que está pasando, son más importantes que nunca. En un mundo donde la polarización erosiona el tejido social y fomenta el odio hacia colectivos vulnerables, lo que necesitamos son organizaciones capaces de canalizar la cooperación entre personas diversas para alzarse y defender los derechos y valores sociales que fuerzas cada vez más mayoritarias se empeñan en atacar y destruir.

Chicharras

Un texto de Cristina Vázquez Santos, basado en el resumen de Alejandro M. Fortuny Sicart

Inspirado en el artículo científico de Denise Kasparian (Instituto de investigación Gino Germani, Universidad de Buenos Aires), Agustina Súnico (Instituto de investigación Gino Germani, Universidad de Buenos Aires), Julieta Grasas (Instituto de investigación Gino Germani, Universidad de Buenos Aires) y Julia Cófreces (Departamento de filosofía, Universidad de Buenos Aires) *Socio-Labour Inclusion of Low-Income Women in the Digital Economy: A Comparison between Corporate and Cooperative Domestic Work Platforms*, publicado en la revista Social Sciences (2023)

*Cantan as chicharras pola noite
Titilan tres Marías la no ceo
Le diste mucho al mate por la tarde
y no puedes dormir...*

La música de Catuxa Salom la acompañaba muchas tardes (desde que su hija Noa se la había descubierto unos meses atrás) mientras gestionaba pedidos, revisaba facturas o actualizaba la web de la cooperativa. Al igual que la cantante, el corazón de Eva también era medio argentino y medio gallego. Sus padres eran unos de tantos españoles que habían tenido que emigrar a Latinoamérica durante la dictadura franquista buscando las oportunidades que no podían encontrar en su tierra. Y las habían encontrado en Rosario, en forma de papa, choclo y espinaca, los productos estrella que se comercializaban en la empresa agrícola para la que trabajaban. Los gallegos (así llamaban a todos, ya fuesen de Galicia o de Albacete) eran buena mano de obra, barata y trabajadora, y no tardaban en encontrar oportunidades laborales, pero muchos patrones se aprovechaban de su situación. No era el caso de Carmen y Manuel, que se consideraban afortunados por haber encontrado un trabajo con buenas condiciones y un jefe justo, Ricardo, que pagaba lo que debía y les trataba con respeto, con cariño incluso. Él les había enseñado casi todo lo que sabían del



campo y del cultivo, conocimientos que, con los años, habían ido transmitiendo a sus hijas Eva, la primogénita, y Valeria, la pequeña de las hermanas.

Ambas se habían criado entre el pueblo en el que vivían, a apenas 15km de Rosario, y la ciudad, en la que pasaban buena parte de los fines de semana disfrutando de sus parques y avenidas, sus heladerías y su oferta social y cultural. Sus padres las habían educado para ser responsables, pero también independientes y valientes, combinación mágica que había hecho de su infancia y juventud temprana un período enormemente feliz. Por eso, para ellas había sido dramático el momento en el que Carmen y Manuel les dijeron que se mudaban a España. Entendían que quisiesen regresar, por supuesto. Aunque sus padres habían sido felices en la tierra del mate y los vientos del sur, nunca habían dejado de añorar su Galicia natal. El vínculo no había hecho sino aumentar desde el mismo momento en que cruzaron el Atlántico, y la morriña siempre lo había impregnado todo en su casa. Sin embargo, las hermanas, en especial Valeria, se sentían profundamente argentinas, por lo que el día en que les dieron la noticia el hogar se convirtió en un mar de lágrimas. Era 1993 cuando la familia empaquetó 20 años de recuerdos (17 en el caso de Eva, 15 en el de

Valeria) y emprendió el camino de regreso al reino de las meigas.

Aunque no tardaron en adaptarse a su nueva vida, una parte de ellas se quedó en el río Paraná. En el caso de Eva era una parte pequeña, dulce. Un recuerdo que atesoraba con amor infinito, pero no tanto como para llamarla a volver. Había estudiado ingeniería agrónoma y en cuanto terminó se incorporó a la cooperativa agrícola que sus padres habían fundado al volver a Negreira. Había sido feliz desde su llegada, era como si ese fuese en realidad su sitio. Pero para Valeria era diferente. Su añorada provincia de Santa Fe la reclamaba a gritos. Se había hecho a vivir en España, sí, pero siempre había tenido claro que regresaría a Rosario. Así que en cuanto surgió la oportunidad de hacer unas prácticas allí mientras estudiaba el máster, no lo dudó ni un momento. Y ya nunca había vuelto. Bueno, sí. Algunas navidades, y de vez en cuando en verano, pero siempre de paso. Su sitio estaba allá.

Para las hermanas había sido difícil separarse. Pero se querían y se respetaban por encima de todo, nunca se habían reprochado nada: Eva no reprochaba a Valeria que hubiese decidido volver a Argentina, y Valeria nunca había reprochado a Eva que no se hubiese ido con ella. Por aquel entonces, su hermana ya se había hecho bastante imprescindible en la cooperativa familiar, y además había conocido a Antonio, el que unos años después sería su marido. Así que nunca se le habría ocurrido pedirselo.

Aunque echaban de menos el abrazarse y cogerse de la mano, su vínculo había permanecido intacto. Mantenían un contacto constante, que en los últimos años se había vuelto más sencillo con el despegue de las nuevas tecnologías. La distancia no había mermado ni un poco su complicidad y su capacidad para leerse la una a la otra. Por eso, durante su última llamada, Eva había sido

consciente de que su hermana estaba preocupada antes incluso de que le diese tiempo a abrir la boca.

—Che, ¿qué pasa? ¿Todo bien? Te noto medio bajoneada —era curioso ver cómo el acento y la manera de hablar de Eva cambiaban completamente al hablar con su hermana. Cualquiera que la conociese en su día a día no notaría ni el más mínimo deje en su forma de hablar. Pero en cuanto se encontraba en familia, su yo argentina brotaba automáticamente, como un resorte.

—Y bueno... ya sabés como están las cosas por acá. Desde que se metió Milei en la Casa Rosada, la situación no para de empeorar.

—¿Pero te ha pasado algo? ¿Estás bien?

—Sí, sí. Es sólo que estoy algo reflexiva... ¿Vos no andabas dándole vueltas a lo de montar un servicio de reparto de fruta y verdura a domicilio en Santiago de Compostela?

—Y sí, es algo que nos anda en la cabeza desde hace un tiempo. Tengo a Noa toda loca con eso, dice que es una gran oportunidad.

—Pero no estarán pensando en usar Glovo o una de esas plataformas esclavistas que tienen por allá, ¿verdad?

—Pues todavía no hemos desarrollado la idea. ¿Por qué lo preguntás?

Valeria trabajaba en una cooperativa cultural en la que tenían mucho contacto con gente de la universidad. Hacía poco había conocido a una investigadora que estudiaba cuestiones relacionadas con economía social, y en un artículo reciente ella y su equipo habían estudiado el trabajo en plataformas digitales desde la perspectiva de género, analizando la inclusión sociolaboral de las mujeres en dos

conocidas plataformas de gestión de trabajo doméstico. Una era Zolvers, que opera en países latinoamericanos como Argentina, Chile, Colombia y México; y la otra Up & Go, una cooperativa que ofrece el mismo tipo de servicios en Estados Unidos.

—El estudio evalúa hasta qué punto esos dos modelos contribuyen a mejorar las condiciones laborales, la autonomía y el empoderamiento de las trabajadoras, analizando cuestiones como la inclusión económica, las condiciones de trabajo, la gobernanza y el diseño tecnológico —Valeria explicaba el estudio con pasión. Siempre había sentido gran sensibilidad por las cuestiones sociales, especialmente por aquellas que afectaban a las mujeres o a la infancia.

—¿Y qué encontraron? Por lo que sé Up & Go es una cooperativa, así que espero que sus prácticas sean mejores que las de Zolvers... —Eva era una firme defensora del modelo cooperativo.

—Pues sí, diste en el clavo. En el caso de Zolvers vieron que, aunque fomenta un cierto grado de formalización laboral en un sector históricamente caracterizado por la informalidad y la precariedad, como es el del trabajo doméstico, en realidad los beneficios son limitados y no alteran las tradicionales relaciones de poder. Las trabajadoras quedan subordinadas a los empleadores y a la plataforma, que usa un sistema de asignación de tareas basado en la reputación. Además, las trabajadoras no pueden calificar a los empleadores, así que se genera una enorme asimetría que da lugar a sesgo y discriminación, y la presión por mantener una buena reputación restringe mucho su autonomía sobre la organización de su tiempo. Vamos, que lo de la conciliación familiar, pura utopía para ellas.

—Por lo que veo, es una empresa al uso. Democracia y cooperación, cero —reflexionó Eva con un cierto punto de indignación.

—Tal cual. Zolvers no ofrece ningún tipo de mecanismo de participación para las trabajadoras, todo está bajo el control de la empresa, y la tecnología no deja de ser una herramienta de control laboral. Las investigadoras concluían en su artículo que la supuesta flexibilidad del modelo de plataforma en realidad encubre nuevas formas de dependencia y disciplinamiento laboral.

— Después dicen que la tecnología sirve para mejorar nuestras vidas. ¡Depende la de quién! ¿Y entonces qué sucede en el caso de Up & Go?

—Pues, resumiendo, todo lo contrario. La plataforma está integrada por seis cooperativas de limpieza conformadas principalmente por mujeres migrantes, que son co-propietarias y participan en su gestión. Ellas controlan la organización del trabajo, definen colectivamente precios y condiciones laborales y perciben el 95% de los ingresos generados. Además, no existe ese sistema basado en la reputación, sino que implementan mecanismos colectivos y humanos de control de calidad que priorizan la protección de los salarios y la mediación justa entre conflictos. La asignación de trabajos se realiza a través de decisiones tomadas por las cooperativas, lo que les da más autonomía y control sobre los tiempos y ritmo de trabajo.

—Si es que el modelo cooperativo es el mejor... —sentenció Eva, orgullosa.

—Sin duda. ¡Qué vamos a decir nosotras! —rio Valeria—. Además, en Up & Go tienen un sistema de gobernanza democrática, que es la piedra angular de la plataforma. Las trabajadoras participan en los procesos de toma de decisiones, y desarrollan capacidades más allá de las propias de la limpieza, recibiendo formación en gestión, contabilidad, marketing o diseño organizacional. Y el software de la plataforma es de propiedad colectiva y las trabajadoras participan en su desarrollo. La

tecnología no se usa para vigilar o penalizar, sino para facilitar la comunicación, superar barreras lingüísticas y organizar el trabajo de forma eficiente y equitativa.

—Ya veo por qué me preguntabas qué tipo de plataforma estamos pensando en usar si ponemos en marcha lo del reparto a domicilio. ¿Vos nos ves capaces de darle bola a un sistema que explote al personal? Parece que no nos conocés, hermanita —dijo Eva en tono burlón—. Pero, ¡escúchame! Ahora que sabés tanto del tema, podés venir vos a ayudarnos a implementar el sistema de reparto justo.

Eva esperaba la habitual respuesta que su hermana solía darle cuando le hacía una mínima sugerencia de volver a Galicia, que siempre era un no rotundo. Pero en esta ocasión no había sido así. Su propuesta, medio en broma medio en serio, había estado seguida por un largo silencio de Valeria, finalizado por un «Nunca se sabe...».

Las cosas debían estarse poniendo bien feas por allá. La conversación con su hermana había dejado en Eva un poso de preocupación.

Y si cantaran las chicharras

Pola noite en mi ventana

Al menos sentiría que de alguna forma

Sigo allí

Eva se acercó a la ventana mientras Salom concluía su canto. Allí, viendo sus verdes campos y el precioso cielo azul teñido del rojo del atardecer, no pudo evitar pensar en que los sonidos de las chicharras en Argentina estaban empezando a quedar ocultos por otros más aterradores. Corrían tiempos oscuros en su tierra natal, y en su fuero interno deseaba con todas sus fuerzas que su hermana volviese a Galicia.

Lo que no sabía en aquel momento es que no tendría que esperar mucho para que eso sucediese.

Mensajes y mensajeros

Un texto de Aitor Alonso Rodríguez, basado en el resumen elaborado por Alejandro M. Fortuny Sicart

Inspirado en el artículo científico de Alejandro Fortuny-Sicart (Universidade de Vigo), Mario Panseira (Universidade de Vigo) y Javier Lloveras (Universidade de Vigo) *Directing innovation through confrontation and democratisation: the case of platform cooperativism*, publicado en la revista *Journal of Responsible Innovation* (2024)



Marga estaba nerviosa. No sabía si había hecho lo correcto, o si se lo iba a tomar a mal; le daba miedo verse hoy en clase con Juan. Hacía un par de semanas estaba tranquila; iba a clase, pasaba desapercibida, veía como su amiga se quedaba dormida y le daba con el codo antes de que empezase a babear. Seguía sufriendo cuando le mandaban hablar. En cambio, en este último año, desde que Paca era su tutora, algo estaba cambiando. Estaba ganando confianza. Ya no se creía tanto los malos comentarios que le decían en casa. Brillaba. A veces se sentía una bombilla que podía alumbrar eternamente los infinitos compases del tiempo. Otras veces pensaba que era una vela, y que su fuego la derretiría tan pronto como se había prendido.

En ambas ocasiones era incapaz de dejar de mirar a ese chico risueño que convertía las horas de clase en clases de humor.

Habitualmente no hablaban. Pertenecían al mismo grupo de colegas, pero ella siempre se quedaba con Uxía y Lucía... sin poder despegar sus ojos de él, con la esperanza de forzar alguna interacción que no se daba atrevido a hacer.

En cambio, ahora, algo había cambiado. Cuando la pillaba mirándole, Juan esquivaba su mirada, guardaba la cabeza en los hombros como topo

en tierra, y encontraba al colorete reposando en sus mejillas. No se atrevió a ir a su cumpleaños, ese día se había levantado con la vela sin cera; pero cuando el lunes fueron a Ons... ese día fue especial, quizás fueran los vientos, pero el flequillo de Juan le hacía estar tan guapo... no pudo sacarle la vista de encima. Y ese día se sintió bombilla. Al volver se atrevió a escribir una pequeña carta y dársela a Lucía.

Hoy era martes, y no sabía si quería ver a Juan, o si prefería que se hubiese puesto enfermo.

—Hoy tenemos a un invitado especial —sonrió Paca— que viene a daros una charla sobre cómo la tecnología se relaciona con las plataformas digitales de reparto en bicicleta.

—Mira Juan, van a explicarnos por qué llegaste tarde el sábado —gritó Uxía—. A tu propia casa.

Juan se echó para atrás en la silla.

El fin de semana había celebrado su cumpleaños, pero se había entretenido entregando un paquete a su tío. Lo habían enviado a su casa porque su tío había estado de vacaciones. Al llevárselo, le había agarrado el brazo como si el mañana no existiese, y lo retuvo que si con las fotos de su bebé, o con lo guapa

que estaba la tía con esa puesta de sol. Él solo quería llegar a casa y estar con sus amigas... Y le había dolido que Marga no hubiese venido, aunque no supiese muy bien por qué.

—Bueno sí. Yo no llegué tarde, llegué en el momento justo para dejar de explotar a Sálvora, que la teniais sola en el asador. Como seguro que explotan a los chavales que trabajan para esas plataformas.

—Esos "chavales" son mayores que tú —rio Uxía.

—Bueno clase, un poco de silencio que hoy estáis bastante alterados.

Toc, toc.

—Ah, aquí está. Adelante, pasa.

La puerta se abrió y un hombre de barba y pelo por los hombros se asomó con una sonrisa de cine.

—¡Hugo! —gritó Uxía— Mimá... —suspiró para sí.

—Uxía, cierra la boca que se te cae la mandíbula —susurró Juan.

Paca les fulminó con una mirada divertida, y los dos se callaron. Hacía un par de semanas, la clase había conocido a Hugo en un evento en Ceuán, donde todos habían salido prendados de él... aunque unos más que otros.

—Perdonad por llegar tarde. No tengo excusa, la verdad.

Paca sonrió.

—Puedes empezar cuando quieras. Como ves, te recuerdan perfectamente.

Hugo, feliz por volver a ver al grupo, asintió y se dirigió a la clase.

—¿Os han explicado la diferencia entre trabajar por cuenta ajena y trabajar por cuenta propia?

—En la primera te explotan y en la segunda te explotas tú —respondió Juan.

—No le hagas caso Hugo —respondió Uxía con un ademán—. Quiere decir que en el primer caso trabajas para alguien, con un contrato laboral, y por cuenta propia es lo que denominamos ser autónomo, trabajas para ti mismo.

—Muy bien. Veo que esta clase tiene nivel.

—Estamos en Bachiller, tampoco somos tontos.

—Juan, por favor —reprendió Paca— Hugo se rio.

—No, no. Tiene razón. A veces, las personas que no estamos con los estudiantes, tendemos a olvidar su nivel, y lo bajamos de más. Sí, en general está bien lo que dices. Los trabajadores por cuenta ajena tienen una relación de subordinación y reciben órdenes de cómo, dónde y cuándo hacer su trabajo. Esta relación contractual viene con obligaciones para el trabajador, pero también con unos derechos que el contratante tiene que respetar.

—Si ya, respetar...

—Juan, de verdad que a la siguiente te voy a echar de clase.

—Perdón, profesora —respondió avergonzado. Paca casi nunca amenazaba con echarles de clase; se lo tomó como si hubiese cruzado una línea.

—Bueno, sí que es cierto que a veces se busca "trampear" el cumplir esos derechos —reconoció Hugo—. Aunque esta es mi opinión, no la vayáis diciendo por ahí que me podéis buscar problemas.

Rio.

—Los trabajadores por cuenta propia pueden trabajar de manera independiente, con las ventajas que esto tiene, pero también tienen que hacerse cargo de su propio material, cotizaciones e impuestos, y no tienen derecho a paro, en caso de que cese su actividad. Pues hoy os vengo a hablar de plataformas digitales de reparto en bicicleta, a través de un caso de estudio que se llevó a cabo en la Universidad de Vigo, por un alumno de doctorado llamado Alexandre.

Uxia levantó la mano.

—Perdón, ¿qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Buena pregunta —sonrió—. Estas plataformas no solo proporcionan el servicio de reparto, sino que hacen de intermediadores entre las personas trabajadoras y sus clientes. A través de su software les dan órdenes y determinan una gran parte del trabajo de quien reparte, pero sin declararlas empleadas. Es decir, en vez de contar con un contrato de trabajo, obligan a sus trabajadoras a declararse autónomas, teniendo que pagar su propio material y gastos, de los cuales deberían hacerse cargo ellos.

—¿Veis como sí era explotación? —saltó Juan.

Paca sonrió y se quedó en silencio.

—Es una valoración válida —rio Hugo—. Estas prácticas las hacen, como dije, a través de una plataforma digital, que a su vez contiene algoritmos que están diseñados para cumplir funciones específicas. Algunas plataformas, por ejemplo, desarrollan su software para que, si hay una subida de trabajadoras disponibles, se reduzcan los pagos a dichas trabajadoras.

—Esto ya lo vimos, ¿recordáis? Marga, ¿qué

significa esto, te acuerdas?

Marga asintió, poniéndose colorada.

—Que la tecnología no es neutral.

—Correcto —Hugo sonrió—. Cansadas de esta práctica, las trabajadoras de CoopCycle crearon una plataforma de propiedad colectiva, una cooperativa, para mejorar las condiciones de las personas que querían continuar con su empleo, pero en unas condiciones dignas. Su financiación se hace de manera democrática, y desarrollaron un software que se amoldase a las necesidades reales del día a día de quienes reparten, y no de los accionistas. Por ejemplo, su software facilita la organización de las rutas de reparto, y calcula el precio del envío para poder pagarles en condiciones. Actualmente, es utilizado por más de 60 colectivos de repartidoras principalmente en Francia, España y otros países europeos, y también en América Latina y América del Norte.

—Eso ya no suena a explotación.

Hugo rio.

—Se ve que no. Además, los miembros de la cooperativa deciden sus propias remuneraciones, cómo se organizan y cómo funcionan. Y los miembros de la plataforma que crearon comparten sus experiencias, oportunidades y errores, lo que ayuda a que desempeñen su trabajo en mejores condiciones.

Hugo se cayó y miró a Paca, dando por finalizada su exposición.

—¿Cuál es la moraleja de esta historia?

Marga, sin saber muy bien qué le estaba llevando a ello, levantó dubitativa la mano.

—Que dos tecnologías muy similares pueden servir para propósitos muy distintos.

Dependiendo de lo que haya detrás: influencias, valores, objetivos. Por un lado, pueden ser opacas y ayudar a no cumplir los derechos laborales. Pero por otro también pueden mejorar las condiciones laborales y velar por la persona que está trabajando.

—Un resumen estupendo —respondió Hugo—. Por eso es importante que exijamos que la dirección que tomen las nuevas tecnologías tenga en cuenta el momento social y ambiental en el que nos encontramos. ¿No creéis?

...

Marga estaba recogiendo sus cosas. Juan no paraba de hacer girar el boli en sus manos. Llevaba todo el día dándole vueltas a la cabeza. La carta de Marga... ¿Significaba algo? ¿Lo estaba pensando de más? Él creía leer entre líneas algo que... ¿Sería su imaginación? ¿Y que había entre sus propias líneas? Lo único que sabía es que cada vez, en su cabeza, esos ojos verde avellana aparecían más y más durante... siempre.

—Ei tío, vamos que estás atontado —dijo Damián.

—Bah, calla —respondió. Se quedó en silencio, meditativo—. Tío, deja de dar la brasa y ve tirando, ya te alcanzo.

Damián se encogió de hombros y se fue de clase. Quedaba Paca, pero estaba viendo el ordenador; ahora mismo era como un decorado en su película personal. Si iba a dar el paso, este era su momento.

«Venga va. Ahora o nunca»

—Ey, Marga.

Marga dio un respingo.

—Oye... ¿tu-tuviste planes el sábado? No sé... como no viniste al cumple.

—¡Ah! Eh... había... había cosas que hacer en casa y... mi madre no... Digo yo dije que... Preferí quedarme y ayudar. Lo siento.

Juan se quedó en silencio. Asintió.

—¿Te apetece...? No.

—¿Qué?

—Nada. Eh... —Juan se revolvió el pelo—, tu carta... Aggg... Venga va, de una. ¿Te apetece dar una vuelta el sábado o ir al cine?

Marga se quedó en silencio y Juan empezó a darle vueltas a una goma del pelo que le había robado a su hermana y que solía llevar de pulsera.

—Sí —susurró Marga.

De repente, Juan volvió a sentir ese hormigueo en las piernas. Temblor, sacudida y motor de un seísmo de pies a cabeza.

—Genial —y su sonrisa fue alegría—. Quedamos así.

—¡A ver oh! ¿Nos vamos o qué? —Damián volvió a asomar la cabeza.

—A ver de qué, payaso, te había dicho que te fueras —respondió mientras cargaba su mochila al hombro—. Hasta mañana Marga.

Marga le sonrió y siguió recogiendo sus cosas. Paca esbozó una sonrisa detrás de su ordenador. Qué bonita era la juventud.



www.tias.uvigo.gal
